Retazos

José Antonio Hernández Guerrero

Índice

Exergo

Aviso previo

Pórtico

La lectura

Un sietemesino tábiro

El valor del minuto o el fervor por la vida

Los gérmenes de la vocación docente

El apagavelas

El olor a incienso

La campana

La primera clase

La carne de pecado

Por tres barras de regaliz

Una estampa

Los eufemismos

La procesión eucarística

La primera extremaunción

El enfermo

El entierro

El milagro: la resurrección de Carmen

La fuerza expresiva de los suprasegmentos fonéticos

El joío toro

El baño en el río

Los dichos

La boda

La fregona

La misa taurina

La reina de las fiestas

Los Oficios del Viernes Santo

El ratón

No tenemos vino

Ser lo que se es

¿Empezamos a vivir?

Los aplausos

Fin

Los proyectos

Epílogo.

Señor, asuntos delicados son éstos; todos deseamos que nos digan que poseemos auténtico fuego poético. Pero una vez, a uno cuyo nombre no he de mencionar, le dije, respecto a algún verso que dio en inventar, que los caballeros deberían tomarse con calma el prurito de escribir, que a menudo aflige el alma; que se debería domeñar la ligera impetuosidad con la que se divulgan los pasatiempos de la propia frivolidad; y que, cuando uno muestra sus obras de arte a troche y moche, suele acabar haciendo el payaso día y noche.

Alceste, en *El Misántropo* de Molière.

Llegó un momento en el que, de pronto, comprendí que ya no tenía necesidad de bendecir el agua, ni de consagrar el pan y el vino. Llegué a la conclusión de que el agua, el pan y el vino ya eran alimentos benditos.

Aviso previo

Me había acercado -con un poco de curiosidad y con un mucho de indignación- para reprender a aquellos tres chiquillos que, en medio de un alboroto infernal, estaban destrozando la fuente recién instalada en la Plaza del Mentidero[1]. Mientras que uno lanzaba zapatos viejos, trozos de plástico y piedras de diferentes tamaños a una botella que semiflotaba, otro removía las sucias aguas con un palo de cerca de dos metros, y el tercero, con una bolsa de plástico atada a una cuerda, intentaba "pescar-la".

Una certera pedrada del primero terminó con el juego: la botella, rota en dos pedazos desiguales, se fue hundiendo lentamente dejando libres unas hojas enrolladas que, empujadas por sonoras pompas de aire, emergían desperezándose.

---

[1] El nombre completo es *Plazuela de la Cruz de la Verdad y del Mentidero*. Éste era el lugar en el que, como en la mayoría de las poblaciones españolas durante el siglo XIX, se reunía la gente a charlar. El Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano nos ofrece la siguiente definición: "El "Mentidero" (de mentir) fam. sitio o lugar donde se junta la gente ociosa a conversación.

¿Y qué hacéis en Madrid sin compañía?
No dejo el **mentidero** en todo el día,
Sólo para comer, que a poco o nada,
Me voy en cas de un sastre camarada.
Ir en casa de un sastre, a lo que infiero,
No por eso es dejar el **mentidero**.
Manuel de León

"Eran de Madrid dos siglos hace las gradas de San Felipe lo que ahora la Puerta del Sol, es decir, el punto de reunión de los holgazanes y el **mentidero** de la Corte". Hartzenbusch

Las recogí cuidadosamente con el propósito de depositarlas en la papelera más próxima, pero la elegancia de sus trazos caligráficos excitó mi curiosidad y preferí esperar que se secaran para leerlas detenidamente.

La verdad es que me ha resultado más difícil de lo que, al principio, imaginaba. El agua había borrado o difuminado muchas palabras y había deshecho grandes trozos de papel. Tampoco me fue fácil ordenarlas pues no estaban numeradas.

El interés de los párrafos de más fácil lectura me estimuló para que intentara rehacer el texto completo, asumiendo el riesgo de equivocarme en la articulación de los relatos y en la reconstrucción de los pasajes más dañados. He de confesar que, aunque he pedido ayuda a la Filología, a la Paleografía, a la Historia, a la Gramática y al sentido común, no estoy muy seguro de que mi trascripción responda fielmente al escrito original.

Con el concurso de los respectivos especialistas me ha resultado relativamente fácil encontrar las fuentes de las que han sido tomados algunos párrafos que están entrecomillados. Por el contrario, cuando los pasajes mutilados son de contenido autobiográfico o relatos de ficción los he rehecho analizando el contexto, o mediante el examen de las situaciones históricas o sociológicas a las que se refieren.

No me atrevo a catalogar la naturaleza ni la finalidad de los textos, esbozos breves de dibujos elaborados a pluma. Los diferentes técnicos que los han leído tampoco han llegado a un acuerdo. Algunos investigadores –como, por ejemplo, el filólogo Joaquín Pascual-, apoyándose en los datos históricos que figuran en algunos pasajes y en las palabras introductorias, creen que se trata de unos apuntes autobiográficos, delgadas crónicas de pequeños sucesos que algún clérigo que pretende ocultar su identidad dirige a una persona amiga. Otros, por el contrario, a partir del análisis de ciertos rasgos estilísticos, defienden que son relatos de ficción, elaborados por algún aficionado a la literatura.

Todos coinciden en que no es una obra terminada sino un conjunto heterogéneo e incompleto de notas no suficientemente elaboradas ni articuladas: se mezclan reflexiones teóricas personales -sin pretensiones de interpretar el mundo- y narraciones anecdóticas autobiográficas, quizás, con ambiciones exclusivamente notariales. Yo he llegado a la conclusión provisional de que los primeros son trozos de cartas escritas a un mismo destinatario, al que se le envían cuentecillos elaborados por el mismo escritor o, quizás, escuchados de los labios de los respectivos protagonistas.

Apoyado en esta interpretación he articulado los textos de forma trenzada: he ido intercalando los trozos epistolares -que, por estar transcritos en papel de peor calidad, han sido los más dañados por la humedad- y los relatos anecdóticos -que, gracias a los datos geográficos,

se prestan a interpretaciones más verosímiles-. En los primeros he seguido un hilo lógico y en los segundos un orden cronológico. Esta compleja simbiosis de narraciones y de reflexiones constituye un mosaico de imágenes, más o menos transparentes, que revelan señas de una peculiar actitud frente a la vida, integradas en un conjunto de cuadros humorísticos paródicos y levemente satíricos. Nos atrevemos a aventurar que este trenzado epistolar y narrativo forma parte de un sistema conceptual en el que el humor estimula la reflexión, la crítica y el regocijo.

He de advertir, de todas maneras, que el título tampoco es mío: se le ocurrió a Mariano Peñalver Simó, que también me ayudó en algunas exégesis. Los múltiples vacíos se deben a la dificultad o a la imposibilidad total de leer y de interpretar muchas de sus páginas: tanto la tinta como el papel debieron ser de escasa calidad.

Aunque me he decidido a publicarlos para que algunos satisfagan la curiosidad, para que otros se diviertan y, sobre todo, para que el autor, tras aportar las pruebas pertinentes, reclame sus derechos, creo, sin embargo, que debes leerlos como si de cartas personales se tratara. Seguramente el autor nunca se pudo imaginar la forma extraña en que su escrito iba a llegar a mis manos a pesar de que unas palabras suyas, sin pretenderlo, resultarían proféticas:

"El agua deshace el papel y borra la tinta. Por eso el mar carece de memoria, nos aísla y nos obliga a vivir dentro de nosotros mismos. La tierra, por el contrario, recuerda y por eso une y separa a los hombres: hace que cada uno de nosotros viva al compás de otras vidas".

Pórtico

Te escribo con la doble intención de profundizar en mi soledad y de hacer crecer nuestra amistad. Estos trazos brotan desde mi aislamiento efectivo y desde nuestra complicidad afectiva[2]. Tú sabes que escribir es un acto personal y, al mismo tiempo, un gesto solidario. ¿Recuerdas cuando me dijiste que la lejanía física de las cosas y la distancia geográfica de las personas estimulan los recuerdos y hacen posible que nos conozcamos mejor, que nos respetemos mutuamente y que nos amemos más? Creo que tienes razón al afirmar que la memoria recupera pedazos incompletos de vida, los inserta en el presente, les restituye nuevas medidas y sentidos más profundos, pero pienso que exageras cuando dices que les descubre los recuerdos proporcionan una existencia más completa y, a veces, más pura.

La verdad es que, más de una vez, cuando he salido de mí mismo para recorrer las calles, para divisar paisajes y, sobre todo, para contemplar rostros ajenos, me ha dado la impresión de que lo que en realidad estaba buscando eran fragmentos de mi propia vida, pedazos de una existencia quebrada como un espejo imposible de recomponer.

Aunque no me atrevo a afirmar que siempre que escribimos nos estamos dirigiendo consciente o inconscientemente a una persona concreta, te aseguro que, en esta ocasión, te escribo a ti. Te escribo con el deseo de comulgar contigo, de establecer

[2] Resulta especialmente llamativa la ambigüedad con la que están redactadas estas palabras introductorias. No hemos sido capaces de deducir si el destinatario es un hombre o una mujer, ni siquiera el tipo de relación que mantiene con el autor, aunque no es totalmente rechazable la hipótesis de que se trate de un prólogo convencional dirigido a los posibles lectores.

nuevos vínculos entre nosotros, y con la intención de invitarte a emprender juntos unos caminos apasionantes y fértiles.

Te escribo para poner de manifiesto mi inevitable y trágica paradoja: por un lado, la exigencia radical de compañía, la ineludible necesidad de apoyarme en otro ser semejante y, por otro lado, el convencimiento de la infinita soledad en la que se resuelven los trances más definitivos. Te escribo para exponerte mis vacilaciones y mis temores. Te confieso que, a lo largo de mi vida, he tenido más dudas que certezas: por muy categórico que, en ocasiones, te parezca, dudo de casi todo. Algunas veces pienso que los dogmáticos son aquellos que poseen la duda más radical y más constante de la existencia humana: la duda sobre ellos mismos. Más que soluciones, demuestran problemas.

Te escribo para recuperar para ti y también para mí algo de la vida pasada: para restaurar con palabras la atmósfera perdida, para contemplar las cosas que hice antes y para repetirlas. Pero no pienses, ni mucho menos, que quiero volver a la niñez: no la considero un paraíso y estoy convencido de que el niño siente la soledad de una manera más intensa que los mayores. Tengo la vaga impresión de que los adultos hacemos los mismos gestos que hacíamos de pequeños, aunque creamos y aparentemos que hacemos otros diferentes. Quizás las experiencias actuales sean las ilusiones infantiles y las ilusiones de hoy sólo persigan las experiencias de ayer. Pero sigo pensando que también somos lo que proyectamos y, sobre todo, lo que algunas personas piensan de nosotros. A lo mejor la vida humana consiste simplemente en contar historias, en dar cuenta y en justificar los propios actos.

Recordar es desandar los caminos que recorrimos antaño y resucitar para ver el paisaje de otros tiempos; yo pienso que es reinventar el pasado y reinvertir en el futuro. A lo mejor la felicidad tiene mucho que ver con ese deseo de repetir que nos invade en muchos momentos.

La lectura

Te confieso que -igual que hago con la vida- suelo releer estos papeles varias veces y, en cada ocasión, procuro utilizar nuevas claves y variadas estrategias interpretativas. Pienso que tú también puedes repasarlos como haces con tus álbumes infantiles y con los libros que estudiabas en tu juventud. Estos ejercicios constituyen maneras saludables y divertidas de convertirnos en espectadores de nuestras propias vidas: son formas de repasar, de repensar y de disfrutar con nuestras experiencias. Es una manera de recuperar impulsos para seguir viviendo.

A lo mejor la lectura de estas líneas, además de descubrirte mi mundo interior, puede ayudarte, también, para identificar aquellos fondos secretos en los que laten tus aspiraciones profundas y tus frustraciones íntimas. Pienso que la escritura y la lectura, a veces, nos liberan de las trabas que impiden que vivamos con autenticidad, y nos animan a que rompamos las represiones que frenan nuestra propia madurez y nuestro desarrollo personal.

Mientras te escribo, me asalta la duda de si te estaré descubriendo u ocultando mi verdadera vida. Es verdad que, como las flores y los animales, todos gritamos para que los demás nos miren y nos admiren. Pero también es cierto que, a veces nos ocultamos para disimular los defectos. Temo que mis palabras y mis gestos rituales te encubran mi inconfesable desnudez. Es posible que, con esta rígida careta de expresiones aprendidas, trate de proteger mi debilidad, pero te aseguro que me esfuerzo a diario por palpar mis atuendos estrafalarios para no llegar a confundirlos jamás con mi verdadera piel.

Un sietemesino tábiro[3]

Sentí por primera vez la agresión de la luz, de los gritos, de los ruidos y de los calores, justamente, en aquella bochornosa tarde de agosto en la que una bomba caía en pleno Barrio de la Libertad, en la Calle Pasquín, próxima a los Callejones Cardoso. Muy cerca de aquel desastre mi madre desde la cama proclamaba con sus estentóreos chillidos a todo el vecindario, el nacimiento de un hijo sietemesino tábiro, más canijo que una lombriz, al que el padre Curro impuso el nombre de Lorenzo del Pilar, los santos a los que está consagrada la parroquia en la que recibí las aguas bautismales.

Estoy convencido de que las raíces de mis permanentes deseos de reclusión y la explicación de mi insaciable necesidad de dormir brotan de esos dos meses de gestación que me faltaron y, sobre todo, creo firmemente que el estruendo de la guerra constituye la clave secreta de mis irreprimibles fobias a las multitudes y la explicación psicológica de mis aversiones al jolgorio de las fiestas populares. No albergo la menor duda de que los gérmenes de mi peculiar y extraña manera de ser residen en las singulares circunstancias que rodearon aquel momento auroral.

Durante los once primeros meses de mi vida, el médico, el practicante y los pechos de mi tía Concha alargaron el milagro de mi frágil supervivencia. Cada amanecer era un privilegio inmerecido y cada día que cumplía constituía un sorprendente triunfo. A pesar de mi endeblez galopante, logré alcanzar los diez años

[3] Aunque es cierto que esta palabra no figura en los diccionarios de la lengua española ni en los glosarios andaluces más conocidos, sigue siendo usada por los habitantes de esta Provincia, de más de cincuenta años de edad. Opinamos que procede del adjetivo latino *tabidus* que significa "consumido". La [d] de la última sílaba ha sufrido un cambio fonético debido a un error de audición frecuente, como es sabido, en palabras poco usadas. Esta alteración tiene su fundamento fonético en la equivalencia de modalidades de abertura articulatoria, dentro de un mismo punto de articulación. En un proceso fonético, llamado técnicamente "liquidación" la [d] se convierte en [r] como, por ejemplo, "lámpada" y "lámpara" con influencia también del sufijo átono –ara-

gracias a los migotes de pan duro, a la sopa de tomate, a los potajes de arroz con habichuelas, a las inyecciones de calcio y vitaminas, y a las cucharadas de aceite de hígado de bacalao que me recetaba el doctor Varletta.

Es posible que el trato cuidadoso que recibió mi frágil cuerpo prematuro durante su niñez, explique por qué valoro la existencia como un prodigio, la vida como un regalo, la comida como un manjar, el silencio como una necesidad y el sueño como un destino. La convicción de que mi recorrido temporal tenía una longitud inevitablemente corta, estimuló mi decisión irrenunciable de alargar los minutos, de llenarlos de sentido, de disfrutar de las cosas, de aprovechar las oportunidades y de vivir la vida.

Éstas son las razones por las que siento tan pocas necesidades y, quizás, estos son los hechos que determinaron mi actitud positiva ante los obstáculos, mi serenidad ante las dificultades e, incluso, mi escasa propensión a quejarme. Ésta puede ser la explicación por la que disfruto tanto cuando tomo el sol o cuando me mojo con la lluvia, cuando como una rebanada de pan o bebo un vaso de agua fresca, cuando paseo por la orilla del mar o por la calle Columela; ésta es la razón por la que me siento contento al comprobar que, simplemente, un nuevo día amanece y sigo respirando.

El valor del minuto o el fervor por la vida

Mi madre era una mujer activa, modesta, vital y gozosa. Pero su actividad no era un mero movimiento físico ni una simple agitación psíquica; no era una necesidad gimnástica ni una inquietud nerviosa, sino una manera, sencillamente humana, de dotar de sentido los tiempos y los espacios -los tiempos cortos y los espacios reducidos-. Su modestia era un modo realista de trazar los contornos de su bienestar de acuerdo con las dimensiones exactas de su personalidad. Concibió y realizó su existencia como un irrenunciable compromiso a vivir la propia vida y a llenar la vida de vida.

Cada problema constituía para ella una ocasión para conocerse mejor y para crecer "un poquito", y afrontaba cada dificultad como una oportunidad para crear situaciones apacibles de bienestar momentáneo y de felicidad compartida. Vivía el momento con morosidad, con profundidad y con intensidad. Saboreaba con fruición, por ejemplo, un pedazo de pan con aceite y azúcar. "Prefiero los placeres pequeños -me decía- porque así puedo abarcarlos en su totalidad y disfrutarlos en su intimidad". Estaba convencida de que la dignidad también consiste en conocer y en aceptar nuestros estrechos límites.

Le alegraban las cosas sencillas y disfrutaba con los sucesos más ordinarios: se ponía contenta con las luces de los amaneceres y con las sombras de los crepúsculos; se recreaba con el eco de un cante bueno, con el resplandor de la ropa "escamondá", con el olor de un buen puchero, con el sabor del pan recién hecho y con el aroma del vino añejo. Le gustaba charlar reposadamente para degustar las anécdotas del pasado y para soñar con los proyectos del futuro. "¿No te das cuenta -me decía- que hablar es recordar

y, al mismo tiempo, inventar? ¿No comprendes que a las cosas sólo las iluminan las luces de nuestras miradas?”.

Al despertarme me animaba para que me dispusiera a paladear, a digerir y a asimilar la vida: “hoy vamos a empezar a vivir. Cada día comienza una nueva vida. Hoy no es un día cualquiera, hoy es el gran día”. Me empujaba para que agarrara cada instante, para que viviera el presente con la mayor intensidad que fuera capaz. De ella aprendí que el pasado es un camino, no siempre recto, para alcanzar el hoy; el mañana, si es que llega, será el fruto de las semillas que plante hoy, la consecuencia que ha de traer entre sus manos su propio afán.

El presente -mínimo para muchos- podemos hincharlo como un globo: este instante vamos a vivirlo con intensidad, con pasión, con amor. El minuto se prolonga y se estira, las horas se ensanchan y se ahondan, y debemos evitar que nos hieran o, al menos, que nos maten. “Por favor -me suplicaba- no te separes de la vida, abrázate a ella y no seas ni demasiado perezoso ni demasiado trabajador”.

Ella amaba lo que era, lo poco que poseía y, también, lo mucho que imaginaba. Ésta era su manera de vivir a gusto con nosotros y consigo misma. No tenía ambiciones y no le interesaban los lujos ni los humos; desdeñaba los brillos y los resplandores -las pompas vanas y las vanas glorias- y se chufleaba, sobre todo, de las palabras huecas y de los gestos ampulosos. Sufrió y disfrutó, trabajó y descansó, lloró y rio, deseó y amó; pero no recuerdo haberla oído quejarse del frío ni del calor. “Las quejas -decía ella- siempre son reproches, y los reproches son dardos que hieren inútilmente, sobre todo, a quien los lanza”.

Una de sus frases que mejor grabadas tengo en la memoria es la que me dirigió al verme aparecer por la puerta de la habitación en la que un mes después fallecería. Ya conocía la naturaleza fatal de su enfermedad: un retículosarcoma. Yo acudí a visitarla convencido de que el bultito que tenía debajo de la oreja era solamente una "seca", efecto y síntoma de una muela picada. Éste era el diagnóstico del médico de cabecera. El especialista, sin embargo, prefirió asegurarse y le hizo una biopsia de cuyo resultado ella se enteró inmediatamente.

Pues bien, cuando con preocupación le dije "hay que ver la guasa que tiene este bultito", ella, me contestó:

- "¿Qué importa, tonto?... ¿No te das cuenta de que, gracias a él vamos a estar juntos todos estos días? Cada minuto contigo es para mí un siglo. Cuando estoy contigo me siento a gusto conmigo misma".

Ahora recuerdo una frase que antes no había llegado a entender plenamente: "Lo importante -me decía- es crear ambiente y llegar al fondo". El espíritu de mi madre sigue, sin disolverse, flotando en suspensión en este ambiente, en esta tierra en la que habito y en el fondo íntimo de mi conciencia; recibo con gratitud la cálida sensación de su presencia y el estimulante soplo de su vida.

Los gérmenes de la vocación docente

El de los Curas[4] fue mi primer colegio oficial. Antes, durante tres años, había estado en el colegio de doña Lola, una "miga"[5] de los Callejones de la Cerería[6], donde, además de rezar el Padre nuestro, el Avemaría y la Salve, cantábamos la tabla de sumar. Posteriormente, en el colegio de Don Antonio y de doña Luisa[7], detrás de la Plaza[8], me preparé para hacer el examen de ingreso en el Colegio de los Curas.

Ya en el Colegio de los Curas, en la octava clase[9], con don Emilio[10], identifiqué los primeros gérmenes de mi vocación docente. Me sentí totalmente subyugado por aquellos signos que colocaba en nuestros cuadernos de tarea sobre las cuentas que corregía, por aquellas elegantes y solemnes B y M mayúsculas que yo las ensayaba en mi casa con fruición. Me atraían su belleza formal, el brillo de su color púrpura y la importancia que suponían: me producían una sensación parecida a la de los solemnes hábitos cardenalicios renacentistas[11].

---

[4] El "Colegio de los Curas" era el Colegio de los Hermanos de la Salle, de Las Escuelas Cristianas. En las poblaciones más próximas a la Capital, sin embargo, estos centros reciben otros nombres populares como, por ejemplo, Colegio de los Hermanitos, San Fernando o La Salle, en Jerez. Por el contexto podemos deducir con facilidad que de los dos que hay en esta ciudad -La Viña y la Mirandilla- en este caso se refiere al primero que está próximo a los Callejones y a la antigua Audiencia.

[5] Como se podrá suponer, se trata de “escuela amiga”

[6] Aquí se usan varios términos para referirse a la vías urbanas: La Avenida es la arteria principal que nace en las Puertas de Tierra y enlaza con la carretera nacional, La Carretera Industrial es la vía más próxima a la Bahía, el Paseo Marítimo es la otra vía de entrada y de salida a la ciudad y bordea la playa. En el intramuros o casco antiguo se distinguen las calles, las callejuelas y los callejones.

[7] De este colegio sólo recuerdo la nariz de don Antonio, que parecía roída por ratones y el rodete de doña Luisa.

[8] Aquí la "Plaza" por antonomasia es el Mercado o la Plaza de Abastos de la calle Libertad.

[9] Ésta era la clase de los más pequeños. La de los mayores era, paradójicamente, la primera.

[10] Por el tratamiento de "don" deducimos que era un maestro seglar. Según informaciones contrastadas, ya en aquellos años de la primera mitad de nuestro siglo XX, las clases de lo más pequeños estaban confiadas a maestros de probada vida cristiana.

[11] Llama la atención la comparación con estos suntuosos hábitos talares. A pesar de la ambigüedad con que el texto está redactado, pensamos que, posiblemente, es una interpretación muy tardía que, quizás, la tuviera en el momento en el que escribía estas líneas.

Recuerdo que en las vacaciones de Navidad nos entregaron los cuadernos que habíamos terminado durante el primer trimestre. La ocasión que se me presentaba para lucir mi habilidad no podía desaprovecharla y, sin dudarlo, fui repitiendo -reescribiendo- y mejorando todas las calificaciones.

Cuando, a la vuelta al cole, don Emilio pidió los cuadernos y comprobó mi afán corrector, ordenó que subiera a la tarima para que, a la vista de todos los compañeros, recibiera el castigo adecuado.

El dolor que me produjo el palmetazo que me dio Eulogio, el hijo del portero de la Audiencia y el más espabilao[12] de toda la clase, me aflojó todos los controles y sentí que un calor húmedo me corría piernas abajo. En la tarima dejé un pequeño charco amarillento como testimonio de mi dolor y de mi humillación.

---

[12] "Espabilao" = [d]espabila[d]o. Literalmente "despabilar" significa quitar la parte ya quemada del pabilo. Metafóricamente "espabilao" quiere decir "despierto", "rápido de reflejos", "listo". Si nos atenemos a su origen etimológico, tendremos que decir que "despabilar" es quitar la parte ya quemada del "pabilo". Recordemos que el "pabilo" o "pábilo" es la mecha o la torcida que está en el centro de la vela, de la antorcha o de la mariposa de aceite. El pabilo es también ese cordón envuelto en una leve tela de cera que está atado en la punta del apagavelas -también llamado matacandelas-: ese instrumento en forma de cucurucho que, fijo en el extremo de una larga caña o vara les sirve a los sacristanes para encender y para apagar la candelería de los pasos de Virgen de nuestra Semana Santa. El "despabilador" era el señor que, en los antiguos teatros, ejercía el oficio de quitar el "pabilo" de las velas, para que las llamas se reavivaran y para que los espectadores, aburridos por la pesadez de la obra y adormilados por la luz mortecina, se "(d)espabilaran".

El apagavelas

Me da la impresión de que no he tenido una vocación de monaguillo demasiado intensa. No sé si es que estaba escasamente dotado de cualidades levíticas, si tuve poca (o mala) fortuna con los sacristanes o las circunstancias me fueron adversas, pero el hecho cierto es que fracasé en los diferentes intentos.

En las Siervas duré menos de una semana. El capellán, un beneficiado de la Catedral, tenía ordinariamente un humor de perros (bueno, de perros de mal humor). Me recibió sin decirme ni una sola palabra, y me daba todas las órdenes con una simple señal, con un gesto de dedos -el índice es el que movía más- que nunca supe interpretar de manera correcta.

Las monjas a esas horas de la mañana estaban medio dormidas pero, no por haberse levantado demasiado temprano, sino por no haberse aún acostado: se dedicaban al cuidado nocturno domiciliario de enfermos.

Todavía me estoy preguntando por qué son tan complicados algunos servicios de altar. En esta ocasión, se trataba de encender todo el "plan de altar" compuesto por seis velas larguísimas colocadas sobre candelabros aún más largos, cuyos minúsculos e invisibles pabilos tenía que localizar al tacto de aquel dedo artificial -el dichoso apagavelas-.

La llama se tomaba de la lámpara de aceite que, colgada de tres cadenas, indicaba día y noche la presencia de Cristo Sacramentado. Este trasvase de fuego se

hacía mediante una mecha colocada en uno de los extremos de una barra de más de tres metros de largo. La mecha estaba protegida por un capuchón metálico atado al palo mediante una cadenita.

Esta descripción tan detallada es inevitable para explicar que la causa de mi rotundo fracaso fue el "bendito" capuchón que -cuando, ya por fin conseguí prender la llamita- se enganchó de manera inseparable a la lámpara. A medida en que tiraba del apagavelas, la lámpara se balanceaba y se movía con temblores cada vez más amplios hasta que se vino abajo todo el aceite derramándose sobre la toca almidonada de Sor Eulalia, la monja de la primera fila.

Solté el apagavelas y con la sotana arremangada, salí corriendo calle arriba hacia mi casa. Cuando me abrió la puerta mi madre, el capellán, todavía jadeante, le dijo sin saludo previo:

"Quédese con su hijo, señora, y no se le ocurra mandarlo otra vez a la iglesia".

El olor a incienso

Cuando trato de representarme la figura de un santo de carne y hueso, me viene a la imaginación la unción sacerdotal del virtuoso y del casi divino padre Antonio. Recuerdo aquel rostro nimbado, bajo el bonete de picos agudos y de negra borla enhiesta, que transparentaba la expresión misericordiosa del mismo Cristo: su sentido de la trascendencia era tan intenso que se le veía desde lejos una aureola dorada de santidad.

El padre Antonio caminaba sigilosamente, parecía que pisaba un suelo de cristal y a su paso dejaba en los aires un reguero de suave olor de incienso. Debo advertir que, en este caso, no se trata de una imagen literaria más o menos afortunada, sino de una realidad, al menos subjetiva, que tuvo su origen en la Novena de la Inmaculada, del Colegio de los Curas, en el año 1948.

Yo ya había ascendido al puesto de "turiferario", que era el rango más alto de la escala de monaguillos. Estaba revestido con sotana negra y con una sobrepelliz como la que usaban los seminaristas cuando iban a los Oficios de la Catedral.

Durante el sermón, que predicaba el padre Antonio, yo permanecía al lado derecho del presbiterio pendulando entusiasmado el incensario. Tuve la malísima suerte de que, en uno de los rápidos movimientos, el borde del incensario rozara con tal fuerza el suelo de mármol que la pastilla de carbón incandescente salió disparada. Vino a caer en la falda de una señora que, sentada en la primera fila, escuchaba con devoción las alabanzas marianas. Aún no sé si el enorme grito que profirió aquella dama se lo

produjo el dolor de la quemadura o el boquete que se le abrió en "semejante sitio" del vestido. Desde entonces, siempre que me cruzo con el padre Antonio, huelo en toda su intensidad el fino aroma del incienso de aquella noche desgraciada.

La campana

Algunas acciones inocuas arrastran, a veces, consecuencias inimaginables. No es raro que hechos insignificantes, llevados a cabo con la mejor intención del mundo y con el más exquisito cuidado, tengan repercusiones en cadena imposibles de calcular.

Tras mi rotundo fracaso en la capilla de las Siervas, me salió un trabajo en el Caminito. Esta es una iglesia pequeñita en cuyo altar se venera la Virgen de las Angustias y el Cristo del Descendimiento. En una hornacina abierta en la pared del lado de la epístola, está colocado el milagroso San Nicolás de Bari, al que se puede visitar los lunes, desde las siete de la mañana, hora en que comienza la Santa Misa.

Para mí esa misa suponía un auténtico suplicio por la distancia que la iglesia está de mi casa, por la hora en la que tenía que dar el primer toque de campana -las seis y media- y porque, a mis nueve años, tenía que responsabilizarme de todos los preparativos de la misa. La suerte, en este caso, era el temperamento del cura, el padre Bravo, canónigo de la Iglesia Catedral, varón comprensivo, tolerante y paciente.

Llegaba unos minutos antes de la misa, comprobaba que todo estaba a punto y, si descubría algún fallo, solía decir con tono siempre amable:

- Niño, cambia los ornamentos, que hoy tocan rojos, no verdes.

En los colores me solía equivocar casi siempre porque aún no sabía interpretar correctamente la "epacta", ese calendario diocesano que traía todas las indicaciones litúrgicas en abreviaturas latinas.

Si comprobaba que todo estaba preparado correctamente, me decía:

- Niño, da el tercero.

La misa, de ordinario, comenzaba con puntualidad pero, en esta ocasión, se retrasó algo más de media hora, porque, aunque en realidad no ocurrió nada grave, el susto que se llevaron las cuatro señoras asiduas, obligó al padre Bravo a retrasarla.

A una de ellas le dio una "fatiga"[13], las otras dos la abanicaron con un periódico mientras que la cuarta iba al almacén de enfrente por una copita de coñac para ver si se reanimaba.

Y todo fue porque, al jalar de la soga[14] para dar el tercer toque, el badajo se descolgó y cayó en el centro de la puerta precisamente en el momento en que entraba doña Juanita. Sólo le rozó el vestido pero el tremendo ruido que produjo el golpe de esa bola de hierro en el suelo, hizo que, tras gritar -¡Padre, una bomba de los rojos!, cayera sin sentido al suelo.

---

[13] En Andalucía la Baja se suele utilizar este término para designar un malestar físico provocado por el "mareo" y, a veces, por las náuseas. También significa un esfuerzo considerable tanto corporal como mental. A veces el diminutivo tiene un carácter intensificativo como, por ejemplo, "las fatiguitas de la muerte".

[14] Nosotros sólo tenemos "cuerda" en el reloj. Para atar los objetos solemos usar la guita, que posee un diámetro reducido, o la soga, que es más gruesa. Las niñas juegan a la "cuerda" con una "soga".

La primera clase

El ejercicio de mi vocación docente lo empecé muy prematuramente. Di clases particulares, fui profesor de colegios, academias, seminarios, institutos y facultades.

La primera clase que recuerdo debió ser cuando apenas contaba ocho años de edad. Tras una mesa cubierta con un hule coloqué varias sillas en las que se sentaron José Juan y Josejuanito, mis primos, Nicolás, mi hermano, y Rafalito, el vecino de arriba. Yo dictaba las letras y ellos sobre el papel las escribían. Todos eran aplicados pero algo nerviosos.

- Rafalito, que guardes silencio.
- Rafalito, que te calles.
- Rafalito, que te voy a echar de la clase.

A lo que Rafalito, finalmente, contestó:

- No me da la gana de callarme.

Mi reacción fue automática: apliqué la fórmula pedagógica que había aprendido en el colegio. Le di un reglazo y le abrí una brecha en la cabeza.

Rafalito ensangrentado salió corriendo hacia su casa, y los sopapos[15] de mi madre no pararon hasta que mis llantos lograron calmar la comprensible indignación de Carmela, la madre de Rafalito.

[15]Aunque el término "sopapo" etimológicamente significaba el golpe que se da con la mano debajo de la papada, se suele usar para designar cualquier golpe o "bofetada".

La carne de pecado

- Pero, ¡mujer!... ¿No te das cuenta de que la Madre Luisa es una virgen consagrada a Jesucristo? ¿Cómo te has atrevido a besarla?

- Ay, perdóneme, doña Manola, pero la Virgen del Carmen es todavía más virgen que su hermana y usted siempre me ha dicho que la besara para que me librara de las tentaciones.

- No olvides hija -dijo entonces la Madre Luisa con voz más templada que su hermana- que la Virgen María ya subió en alma y cuerpo a los cielos mientras que yo, aunque abandoné el mundo el año pasado, aún sigo soportando la pesada carga de esta carne de pecado.

Por tres barras de regaliz

La primera vez que sentí la vocación de seminarista[16] fue a los pocos meses de cumplir los nueve años. Era alumno de la séptima clase en el Colegio de los Curas. No sé si exagero -o quizás me engaño- cuando afirmo que tengo la impresión de que la única vocación que verdaderamente he sentido ha sido la de seminarista, más verdadera, probablemente, que la de cura. Muchas veces he pensado que aquel es el modelo de vida para el que he nacido.

Los antiguos alumnos saben que, en los centros de los curas, la presencia del Hermano Visitador representaba uno de los acontecimientos más importantes del curso escolar. Estas visitas de inspección no tenían, ni mucho menos, un carácter meramente protocolario sino que constituían verdaderos exámenes, que en ocasiones eran más decisivos que las pruebas de final de curso.

Los hermanos preparaban cada clase durante varios días y hacían que corrigiéramos los cuadernos y que aprendiéramos de memoria las contestaciones adecuadas a cada una de las preguntas claves, sobre todo de Doctrina Cristiana.

El día de la visita acudíamos al colegio, todavía más aseados que los días ordinarios, mejor peinados y con los vestidos de los domingos.

- "Sólo debe responder el niño a quien el Hermano Visitador pregunte".
- "Los que sepan las contestaciones levantarán la mano derecha".

[16] Es extraño la insistencia con que el autor habla de "vocación de seminarista" cuando, en realidad, los seminaristas se definen precisamente por su "vocación de sacerdotes".

- "Deben permanecer en silencio hasta el momento en el que el Hermano Visitador los autorice a hablar".

Al final de la visita, el Hermano Visitador repartió premios a los más aplicados. Todos estábamos expectantes a ese momento y la mayoría tenía esperanzas de ser recompensado.

A los que tenían mejor letra, les dio una barra de regaliz; a los que, además habían resuelto acertadamente los problemas, dos barras; a los que habían respondido adecuadamente a sus preguntas, tres.

Finalmente, antes de marcharse, nos habló de Griñón donde estudiaban los novicios, y del seminario donde se preparaban los seminaristas. Cuando terminó su breve charla nos dijo:

- Y ahora, que suban al estrado los que quieren ir a Griñón.

El único que acudió fue Nicolás. Que recibió, nada menos, que cinco barras de regaliz.

-Y, finalmente, que suban los que tienen vocación de seminarista.

De manera casi automática, se levantó Juan Carlos y de un salto se encaramó en la tarima. Entonces yo, después de dudarlo unos segundos y haciendo cálculos con la

cuantía del premio, me puse al lado de Juan Carlos. Me gané seis barras de regaliz. Desde este momento, los Hermanos, los compañeros y los amigos me llamaron “el curita”.

Una estampa

A mi madre mi vocación de seminarista le produjo una mezcla de extrañeza y de gracia. Extrañeza porque sabía que yo ignoraba totalmente la naturaleza de tal "profesión", y gracia porque le resultaba cómico imaginarme a los doce años con coronilla[17] en la cabeza, vestido con sotana y tocado con bonete.

Cumplió su promesa de enseñarme a los seminaristas un domingo por la tarde. Los contemplé casi extasiado cuando, tras desembocar de la calle Sacramento, penetraban a ritmo lento en el Parque.

Aquella fila larguísima de jóvenes vestidos con negras sotanas y becas rojas me resultó una estampa pintoresca y sobrecogedora. Una verdadera tarjeta cuyas imágenes aún no se me han borrado. Tres figuras representativas se me quedaron grabadas: uno era gordo y colorado, otro cojo parecía que iba montado en una bota de enorme suela, y la del serio y delgadísimo me pareció el San Francisco que, pintado por El Greco, está en la iglesia del Hospitalito de Mujeres.

Desde aquel momento, mi modelo de identificación fue este seminarista delgado, reflexivo y, sobre todo, serio. Lo seguí con la misma atención y con el mismo entusiasmo que los demás compañeros copiaban a los ídolos futbolísticos o cinematográficos. Yo, ya desde entonces, me fijaba en la atención con que miraba, en sus gestos acompasados, en sus palabras exactas y comedidas.

---

[17] Según varios testimonios de seminaristas de los años cincuenta, un barbero les afeitaba un círculo de tres centímetros de diámetro en la parte superior de la cabeza, justo en el lado opuesto a la barbilla. Esta coronilla la tenían todos los alumnos y no era, por lo tanto, la "clerical tonsura" que la hacía el obispo en una ceremonia previa a la administración de las Órdenes Menores.

Cuando se lo dije a mi padre, él se limitó a decirme una frase que todavía me sigue siendo algo enigmática: "Ojalá llegues un día a ser tú mismo".

Los eufemismos

Aquel superior del Seminario nos insistía en el cuidado que debíamos tener con el uso de las palabras sobre todo cuando hablamos en público. "Hay ciertas palabras, nos repetía, que nunca se deben usar. Y no sólo aquellas que son soeces, tampoco las que por su analogía fonética con otros términos improcedentes o, incluso, por la situación en que se pronuncian, pueden ser mal interpretadas".

Nos explicaba cómo "a veces, las asociaciones léxicas provocan reacciones de los oyentes muy distintas de las que pretendemos". Nuestro nuevo superior había sido, en expresión de algunos de sus compañeros, uno de los seminaristas más finos y más correctos. No es extraño que, posteriormente, ya de superior del Seminario, se propusiera como uno de sus objetivos pedagógicos, conseguir que los futuros sacerdotes fueran corteses y educados.

Diariamente dictaba una norma de urbanidad y explicaba su racionalidad y su importancia: el fundamento era siempre, como es obvio, el respeto al otro. Una noche, en sus habituales "últimas palabras", tras las oraciones de Completa, abordó el delicado tema de los "forros" y de todas las "funciones biológicas relacionadas con la oficina".[18]

El asunto requería, naturalmente, sumo cuidado y exquisita delicadeza. El padre Terrero fue calibrando cada uno de los términos al objeto de conseguir un equilibrio entre la claridad, la delicadeza y la eficacia de su discurso.

[18] Eufemismos: la "oficina" –water-, el "forro" –pedo-, "navegar" –estudiar por las noches con una vela para que no lo adviertan los superiores-, la "chuleta" –ayudarse de apuntes para copiar en los exámenes-.

- "No se puede consentir -decía- las aglomeraciones que se forman delante de la "oficina". No es correcto que algunos se sitúen tan próximos a las puertas tras las que otros compañeros realizan funciones íntimas, no es delicado escuchar los "forros", ni presenciar las entradas y las salidas de las "oficinas" sobre todo, si van a "mayores": Es mucho más discreto situarse a cierta distancia y acceder en el momento en que los "cubículos" están libres, sin observar y sin ser observados".

"Hay que hacer lo posible para distribuir estas operaciones y no hacerlas coincidir en el mismo sitio y en el mismo momento".

Entonces y tras una leve respiración dijo:

- "Advierto que, si sigo observando que dejan esta funciones para la última hora de la noche, me veré obligado a aplicar serias prohibiciones y no tendré más remedio que imponer **cortapisas**". No se sabe si la risa que provocó en todos los seminaristas fue originada por una incorrecta pronunciación de esta última palabra o, simplemente, por su parecido fonético con otras más vulgares del léxico gaditano.

La procesión eucarística

¿Quién me iba a decir a mí, que tan poco aficionado soy a las procesiones, que me iba a ver obligado a organizar una que, saliendo de mi propio domicilio, se recogiera en el otro extremo de la Ciudad, en la Iglesia Conventual de Santo Domingo?

Fue mi tío quien, con rostro desencajado, me dictó con todo lujo de detalles las rúbricas que debería cumplir en una ceremonia que, según él, era rigurosamente "litúrgica". La oficiante principal sería mi hermana quien, por lo visto, había cometido un grave "sacrilegio".

En la catequesis a la que había asistido antes de recibir la Primera Comunión, Sor Dionisia le había contado "el milagro de Santarem", un pueblo portugués situado cerca del río Tajo:

> *Entre los años 1225 y 1247 una mujer, desesperada porque su esposo le era infiel, visitó a una hechicera del pueblo para pedirle consejos. Ésta le prometió que su esposo volvería a amarla como antes si cumplía la condición de llevarle como paga una Hostia Consagrada.*
>
> *A pesar de que era consciente de que con esa acción cometería un sacrilegio, finalmente accedió: tras recibir la Comunión en su iglesia parroquial de San Esteban, no la consumió sino que salió de la iglesia inmediatamente, se sacó la Hostia de la boca y la puso en un nudo de su pañuelo de cabeza.*

Por el camino hacia la casa de la hechicera, la Sagrada Hostia comenzó a sangrar. La mujer no se dio cuenta de lo que ocurría hasta que se lo comunicaron otros transeúntes, pensando que era ella la que sangraba. El pánico estremeció el corazón de la mujer. Se fue a su casa y puso la Hostia, envuelta aún en el pañuelo, en el fondo de un baúl de cedro donde guardaba sus pertenencias en su habitación. Allí se quedó, con gran temor, durante todo el día hasta que anocheció.

Cuando su esposo llegó a la casa tarde esa noche, se fueron a dormir. La culpa de su pecado la atormentaba, y también la duda de saber si la Hostia continuaba sangrando.

En la plena oscuridad de aquella habitación, aconteció otro gran milagro: salían del baúl unos rayos tan brillantes que la pareja, deslumbrada, se despertó. Vieron entonces una espectacular visión de ángeles que adoraban la Hostia sangrante. La mujer no pudo más y confesó el gran pecado a su esposo. Los dos se arrepintieron y pasaron el resto de la noche arrodillados en adoración y en reparación ante la Hostia Milagrosa.

Por la mañana informaron al párroco, que fue a la casa y escuchó la historia relatada por la mujer. El sacerdote retornó la Hostia a la iglesia de San Esteban en solemne procesión, acompañado por el clero y por fieles laicos. La Hostia continuó sangrando por tres días. Finalmente se decidió ponerla (aún sangrando) en un relicario de cera de abeja.

Mi hermana, tras la comunión en la misa del domingo, cuando ya hacía más de un mes de su Primera Comunión, advirtió que el sacerdote había colocado en su lengua dos hostias. Se acordó del milagro de Santarem y guardó una de las formas dentro del misal para comprobar si, al menos, brotaba alguna gota de sangre. Todas las mañanas, antes de ir al colegio, tras hacer un genuflexión, abría cuidadosamente las páginas del misal para ver si, finalmente, se había producido el milagro. Cuando, ya transcurrido cerca de un mes, se lo dijo a mi tío, éste nos reunió a mis padres y hermanos en el comedor y, visiblemente conmovido, nos dijo que teníamos que reparar el "sacrilegio" llevando en procesión al Santísimo hasta la Iglesia de Santo Domingo. En medio de los cuatro hombres -mi padre, mi tío, mi hermano y yo- que portábamos unas pequeñas velas encendidas, iba mi hermana cubierta con el velo y sosteniendo sobre sus manos levantadas, el misal convertido en copón. Delante, mi primo hacía sonar una campanilla.

Cuando llegamos a la Iglesia, mi tío avisó al padre Ramón que, revestido con la capa pluvial, tomó la sagrada forma y tras cantar todos el *Tantum ergo*, nos dio la bendición. Arrancó las dos páginas del misal que durante este tiempo habían estado en contacto con el cuerpo y la sangre de Jesús, y las quemó por si acaso retenían alguna pequeña partícula del pan consagrado.

La primera extremaunción

Aunque parezca extraño, la formación sacerdotal no incluye ejercicios prácticos de la mayoría de las ceremonias litúrgicas. En contra de lo que piensan algunos fieles, los seminaristas no se pasan los doce años de la carrera sacerdotal ensayando -como, por ejemplo, los candidatos a obispos del Palmar de Troya[19]- las reverencias, las genuflexiones, los movimientos del incensario, o aprendiendo a encender altísimos cirios con apagavelas de cinco metros.

Yo había estudiado, naturalmente, la teología de la Extremaunción. Me había, incluso, aprendido de memoria las palabras del apóstol Santiago[20], pero no había practicado los ritos litúrgicos sobre algún enfermo ficticio, ni siquiera sobre un muñeco de goma.

Ya hacía cerca de un mes de mi llegada a la parroquia, pero aún no había logrado estrenarme porque el párroco prefería seguir ocupándose de los enfermos. En esta ocasión, por tener que desplazarse al Santuario de la Patrona para preparar la procesión de caballos, me pidió que me quedara de guardia.

Vino Juan, el municipal, para decirme que, de parte de las monjas del Hospital, acudiera lo más pronto posible, porque Antoñita, una anciana de cerca de noventa años, se estaba muriendo.

---

[19]En varias páginas, todas ellas muy deterioradas, hemos encontrado alguna información sobre el "plan de estudios" del Palmar de Troya facilitada por un tal Paquito, un seminarista natural de una ciudad próxima a la Capital y sobrino de una religiosa llamada Sor Carmen. Probablemente se trata del mismo joven del que en otro pasaje se cuenta que, tras abandonar el seminario, fue secretario particular del papa Clemente durante más de tres años.

[20] *Infirmatur quis in vobis? Inducat presbyteros Ecclesiae et orent super eum, ungentes eum oleo in nomine Domini; et oratio fidei salvabit infirmum, et alleviabit eum Dominus; et si en peccatis sit, remittentur ei* (Santiago, 5, 14 s.)

La vieja, a juzgar por el bulto que hacía sobre la cama, no debería pesar más de veinticinco kilos. Sólo asomaba medio rostro y estaba hecha una bolita. Más de la mitad de la cama estaba vacía.

Como es natural, me propuse celebrar el sacramento como Dios manda, sin omitir ni siquiera una coma del ritual. Leía todas las rúbricas y ejecutaba cada una de las prescripciones litúrgicas con exquisito rigor.

Toda la ceremonia se había desarrollado con seriedad y con sobriedad, en un ambiente de respeto y de devoción. Sor Luisa, la religiosa que me acompañaba, me había advertido que Antoñita era totalmente sorda, por eso, no me extrañó su expresión de ausente ni que no dijera los "amén".

Cuando le ungí la frente puso cara de extrañeza, cuando le signé las manos se sonrió alegremente, pero, cuando intenté descubrirle los pies, los encogió todavía más mientras gritaba con voz desproporcionada:

¡Socorro, socorro, que este cura cachondo me quiere hacer cosquillas en los pies!

Cuando por fin logré aplicarle los santos óleos, Sor Luisa se quedó totalmente tranquila y, emocionada, me dio las gracias.

El enfermo

La verdad es que, al comienzo de mi actividad ministerial, no me resultó demasiado fácil flexibilizar los rigores de los manuales de moral ni las rigideces de los rituales litúrgicos. La adaptación de los textos a las situaciones concretas y a las circunstancias personales me la fue enseñando con su ejemplo mi primer párroco y, sobre todo, los tropezones que me daba con la cruda realidad de los hechos.

Al principio, cuando acudía a algún enfermo para administrarle los últimos sacramentos, repasaba toda la normativa, y procuraba aplicarla con escrupulosa exactitud. Poco a poco, la experiencia me fue aconsejando que prestara una mayor atención a las circunstancias concretas del enfermo y, sobre todo, a sus actitudes religiosas y a sus disposiciones morales.

Uno de los hechos que más me hicieron reflexionar fue aquella reacción que provocó en el enfermo e, incluso, en sus familiares, una pregunta que yo creía natural e inofensiva.

- ¿Ha cometido usted algún pecado?
- ¿Qué?
- ¿Que si ha hecho usted algo malo en su vida?

Al mismo tiempo que el enfermo, de forma categórica decía:

- "Eso sí que no", los familiares, que estaban en la habitación de al lado separada por un medio tabique, respondían:

- No es jartible el cura, que no, ¡joé!, que no ha hecho nada malo.

Cuando volví a preguntarle:

- "¿Tiene usted algo de qué arrepentirse?", me contestó de manera clara: ¡ Ah, eso sí, de haber sido demasiado bueno!

El entierro

Los habitantes del pueblo habían recibido con alegría y con esperanza la noticia del nombramiento de su primer párroco. Estaban convencidos de que la mayoría de los problemas que padecía el pueblo tenía su origen en la dependencia administrativa de un ayuntamiento lejano que sólo se preocupa de cobrar los impuestos. Esperaban que el cura les asfaltara la calle Real, les levantara una iglesia, les llevara el agua y, sobre todo, que les construyera un cementerio. Querían tener a sus difuntos cerca de sus casas y querían que los entierros les resultaran menos complicados y menos gravosos.

A los entierros, como es natural, acudía todo el pueblo. Cada vez que se moría alguien, se paraba toda la actividad laboral: se cerraban hasta los bares. La única que seguía en su puesto era Paquita la telefonista.

Durante la noche todo el pueblo acudía al velatorio: las mujeres entraban en la casa del difunto y los hombres se quedaban en la calle, sentados en la silla que cada uno traía de su casa. Por la tarde, los hombres acompañaban a pie al difunto que, tambaleándose, iba a lomos de un caballo hasta el cementerio de Lerena. Tras el entierro, hacían un "viacrucis" por los principales bares, y, a las siete y treinta, cogían el "corto" de regreso en la Estación de Ferrocarril, de Lerena.

El hijo y el yerno de Elías, encargados de los trámites del entierro, me habían pedido -igual que los familiares de los entierros anteriores- que, por favor, fuera puntual y breve en las ceremonias del sepelio. Cualquier retraso repercutiría inevitablemente en el tiempo destinado a las copas finales ya que el tren de regreso no solía retrasarse.

También, como en todos los entierros anteriores, les prometí que estaría en la puerta de la casa mortuoria diez minutos antes de las tres de la tarde, la hora convenida.

A las dos y media fui a la escuela, y una leve señal a través de la puerta de cristales fue suficiente para que don Miguel, el maestro ceutí, autorizara la salida de la legión de monaguillos que iban a formar la procesión multicolor. Estas procesiones mortuorias constituían uno de los testimonios más visibles de la presencia de la Iglesia en el pueblo.

A la hora convenida estábamos en la puerta del número treinta de la amplísima calle Real, soportando un sol impenitente y un viento descarado e irreverente. No tenía manos para aguantar la capa pluvial, la sotana, el bonete y las páginas del ritual. Los monaguillos jugaban al balón con una lata de leche condensada La Lechera.

A las tres y diez, desesperado y preocupado por las causas y por las consecuencias de la tardanza, le pedí a Felipe, el monaguillo más despierto, que entrara en la casa y dijera que llevábamos veinte minutos esperando. Se puso el cirial sobre el hombro, se arremangó la sotana y desapareció. A partir de este momento, cada segundo se me hacía interminable. Esperé otros diez minutos y, al ver que no salía ni el muerto ni Felipe, le dije a Paco, el pelirrojo, que buscara a su compañero y que rogara que saliera, por favor, algún familiar del difunto.

Eran las tres y media, y ya yo me temía lo peor cuando salió Juany, una de las poquísimas beatas de la nueva parroquia, a la que habían encargado que me transmitiera el parte oficial:

- Padre, me dice la familia que, por favor, siga esperando unos minutos porque aún no ha llegado la caja.

Le prometí que seguiría esperando y le pedí que dejara salir a los dos monaguillos. A la cuatro menos cuarto, apareció Luis, el carpintero con la caja bajo el brazo.

- Perdone, padre, el retraso pero he tenido que esperar a que me llegara la tela de raso morado que me han traído de Ronda. La caja ha quedado preciosa ¿quiere usted verla?

Pasó un cuarto de hora más, sin que saliera ni el muerto, ni los familiares, ni los monaguillos. Mandé a Paco, un tercer monaguillo, con el ultimátum:

- Haz el favor de decir que, si no salen en cinco minutos, nos volvemos hasta que nos avisen de nuevo.

Salió, en esta ocasión, Petra la partera, y desde la misma puerta me gritó:

-Padre, que no se puede hacer hoy el entierro porque la caja es demasiado chica y no cabe el difunto.

Me hice cargo de la situación aunque no pude disimular el disgusto por la retención de los monaguillos al lado del muerto para obligarme a permanecer durante más de una hora delante de la puerta.

Cuando, precedido de la procesión de acólitos ya iba por el otro extremo de la calle Real, escuchamos de nuevo la voz chillona de la Petra:

¡Padre!, que vuelva usted por favor, que le han doblado la cabeza a Elías y, por fin, cabe en la caja.

El milagro: la resurrección de Carmen

Uno de los propósitos de mi actividad pastoral en Lerena de la Frontera era equilibrar los cultos y las demás actividades pastorales en las dos iglesias -la de la Misericordia y la de Santa María-. La fórmula más sencilla y más ecuánime era la de repetir todos los actos. Si celebraba una misa en la Misericordia, decía otra, una hora después, en Santa María.

Una tarde, cuando me revestía para la Bendición Solemne tras el rezo del Santo Rosario, entró Pedro, el hermano mayor de la Cofradía, y me dijo con cierto nerviosismo,

"Padre, ha muerto la Carmen"

La Carmen era una señora, viuda, alta, madre del Sueco, suegra de la Sueca y abuela de los Suecos. Todos ellos eran muy rubios y altísimos, y habían nacido, a pesar del apodo, en el mismo Lerena de la Frontera.

La Carmen era, además, muy religiosa, sin llegar a ser beata. Era uno de los cinco enfermos que comulgaban todos los Primeros Viernes de mes. Por esta razón no me preocupé demasiado y decidí entrar en su casa cuando pasara camino de la iglesia de Santa María donde tenía que binar[21]. La Carmen vivía al lado del estanco de doña Julia, en plena calle Principal.

[21] Celebrar la Misa dos veces durante un mismo día.

Dejé la Vespa delante de la puerta, al cuidado de Isabelita, quien siempre aprovechaba mis continuos viajes, para darse un paseo y saludar con voces a todo el que pasaba. En algo más de una hora, la casa se había llenado de compungidos convecinos. La mayoría todavía estaba impresionada por tan inesperada noticia. A otros, por el contrario, no les había extrañado demasiado la muerte ya que conocían la dolencia cardiaca que padecía desde hacía cerca de veinte años.

La nuera salió a recibirme cubriéndose con el pañuelo el único ojo que, por lo visto, le lagrimeaba. La madre Asunción, la superiora de las monjas del Amor de Dios, interrumpió el rezo del rosario y me dejó sólo con el cadáver de la Sueca. Estaba vestida de negro, sobre una cama que, a juzgar por su altura, debía tener varios colchones.

Me acerqué al oído izquierdo y con voz suave pronuncié la siguiente fórmula de contrición:

-¡Señor, te pido perdón. Te amo!

La Carmen giró levemente la cabeza y me contestó en el mismo tono:

- ¡Padre, que fatiguitas más malas! Haga el favor de darme las gafas que están encima de esa mesilla de noche!

Cuando entramos los dos agarrados del brazo en el comedor, la nuera dio un grito casi histérico:

- ¡El padre acaba de resucitar a la abuela!

Yo, naturalmente, tuve que salir corriendo hacia la parroquia para decirle a Cipriano, el sacristán, que dejara de doblar las campanas.

Todavía, cuando me encuentro a su hijo Juan, me abraza y me da efusivamente las gracias por el milagro que hice con su madre.

La fuerza expresiva de los suprasegmentos fonéticos

El párroco ha sido quien mejor me ha ilustrado sobre la fuerza expresiva de los (como dicen los lingüistas) "suprasegmentos". Con él aprendí prácticamente el extraordinario poder significativo que posee la entonación de las palabras. "Los andaluces -repetía él- somos capaces de cambiar totalmente el sentido de las expresiones".

Nos paseábamos por la calle Ancha el párroco, don Domingo -un capellán castrense vasco- a su derecha, y yo a su izquierda. Acababa de terminar la misa vespertina del sábado.

Se acercó Juan, aquel "pordiosero" que pedía limosnas frente al Café Central: "Cojones, dame un durito", le dijo al párroco.

Don Domingo, al comprobar que el párroco se lo daba con una leve sonrisa, le dijo con cierta indignación: "De verdad que no comprendo su postura. Perdóneme que le diga que su reacción ante ese trato tan maleducado es inaceptable. No se olvide, padre, lo que usted representa y el respeto que merece su dignidad sacerdotal".

El párroco manteniendo la misma sonrisa contestó:

"Usted, don Domingo, no tiene ni idea de cómo hablamos los andaluces. Mire usted: es verdad que si alguien le grita `tú eres un hijo de la gran puta', le está insultando y puede responder con una bofetada, pero si, por el contrario, con tono cordial le dice `qué

hijo de la gran puta eres', sepa usted que lo está felicitando y, entonces lo que debe hacer es darle un abrazo".

El joío toro

Pocas veces había escuchado, hasta entonces, tal cantidad de "picardías" juntas. Y lo verdaderamente sorprendente fue que esta retahíla de palabrotas salió de los labios de una de las personas más correctas y más educadas que jamás he conocido.

El párroco, aunque era un sacerdote ejemplar, no respondía al modelo clerical de la primera mitad del siglo pasado. Era extremadamente cuidadoso con sus posturas y con sus gestos, con sus palabras y con sus expresiones. Era correcto con los caballeros, galante con las señoras, entusiasta con los jóvenes y cariñoso con los niños. Medía cada una de sus expresiones y poseía un especial tino para adaptarse a cada situación social. “Este cura –decía don Benito, el juez-, es correcto y fino, sabe estar: es un auténtico caballero”.

Con motivo de una celebración familiar, fuimos invitados a una fiesta campera que los hermanos Núñez ofrecían en los Derramaderos, un cortijo situado en el Retín, donde pace la célebre ganadería de reses bravas.

Tras la tienta, saltaron al pequeño ruedo varios toreros y algunos aficionados. Antes de almorzar, se sirvió un espléndido aperitivo en el que el párroco, con sus anécdotas y ocurrencias, fue el centro de la reunión.

Durante el café y la tertulia de sobremesa, salimos los dos a estirar las piernas entre los alcornoques de la dehesa y, cuando más entusiasmado estaba contándome experiencias de la Guerra Civil, se dio cuenta de que un enorme morlaco se acercaba a nosotros. Se arremangó la sotana y salió disparado como un rayo. Yo iba detrás, con el

mismo miedo que él, sorprendido de su rapidez y, sobre todo, de la expresión de terror dibujada en su descompuesto rostro totalmente blanco.

- "Me cago en los muertos de este joío toro", repetía.

Al verlo tan sumamente asustado, y con la intención de tranquilizarlo, le dije:

- "No es un toro, padre, es una vaca".

A lo que él, todavía más fuera de sí, me contestó:

- "A mí qué coño me importa que tenga o no tenga picha. A mí lo que me preocupa no es que me folle, sino que me dé una corná".

El baño en el río

En los primeros días de estancia en mi primera parroquia, en aquel primer verano quieto e inmenso lejos del mar, el calor apretaba de una forma desconsiderada, y yo lo sentía de una manera nueva. Me parecía, no ya más intenso, sino, sobre todo, más espeso y más pesado que el de las dos únicas ciudades en las que, hasta entonces, había vivido.

Una de aquellas tardes soporíferas del mes de agosto, me decidí, por fin, a darme un remojón. Me habían dicho que, saliendo del pueblo por el lado contrario al de la carretera, a menos de dos kilómetros, encontraría un meandro -un recodo- con una poza bastante profunda. Estaba defendida de los vientos por altos chopos y por un denso cañaveral.

Tenían razón -pensé- los que lo habían bautizado con el nombre de la "Piscina" porque, efectivamente, con el fondo en desnivel, con las aguas semiquietas y con aquellos escalones cincelados por la acción corrosiva de las diferentes crecidas, parecía una verdadera piscina olímpica.

Dejé la sotana cuidadosamente plegada entre las cañas, y me di un chapuzón en aquellas claras aguas, bastante más frías de lo que había supuesto. Tonificado y repuesto, me senté para disfrutar de la ligera brisa, y, apoyada la espalda sobre el tronco tierno de un chopo repleto de ágiles hojas, frescas y luminosas, me dispuse a rezar el breviario.

Apenas habían transcurrido unos veinte minutos, cuando empezaron a aparecer chavales y chavalas de edad que oscilaba entre los quince y los veinte años. Por los

comentarios que, posteriormente escuché, habían hecho un descanso, en las tareas de recogida del algodón.

Conforme iban llegando, con rapidez y con naturalidad, se despojaban de todos sus sudados vestidos y, de un salto casi automático, se lanzaban en cueros vivos unos de cabeza y otros de pie, a la charca.

Yo, totalmente sorprendido, no sabía qué hacer: si salir corriendo dando muestras de escándalo o permanecer allí sentado, aparentando tranquilidad.

La verdad es que, por el rabillo del ojo, contemplaba de soslayo aquel espectáculo para mí tan sorprendente y tan chocante. Miraba y calculaba todas las medidas de aquellos cuerpos lozanos con la blancura reveladora de la piel de sus nítidos vientres, el moreno de sus pechos, de sus brazos y de sus piernas: si no hubiera sido por las abundantes vellosidades, hubiera jurado que estaban cubiertos por aquellos bañadores de los años veinte. Tal era el contraste entre la claridad de sus cuerpos y la oscuridad de sus extremidades.

Allí nadie se preocupaba por cubrir las partes más íntimas ni por disimular los volúmenes o las formas más desproporcionados. Cuando más concentrado estaba reflexionando sobre la relatividad de las pautas sociales y de los hábitos morales, y sobre la radical desnudez que todos llevamos con nosotros, se me acercó una buena moza que con desparpajo me espetó:

- Chaval, ¿Tú por qué te bañas con pantalones? ¿Es que la tienes demasiado corta?

Los dichos[22]

Recibí a los novios juntos y, en primer lugar, me dirigí a la novia:

- Vamos a ver, ¿existe Dios?

Me pareció que esta era la pregunta fundamental y el punto de partida de todo el examen.

- Si usted dice que sí, ¿qué voy a decir yo?

- No se trata -le aclaré- de lo que diga yo, sino de lo que usted crea. Puede decirme ¿cuántos dioses hay?

Frunció el ceño desconfiadamente y se quedó pensativa. Al cabo de varios segundo y creyendo que no se habría enterado bien de la pregunta, se la volví a formular elevando un poco más la voz:

[22]Como es sabido, uno de los fundamentos del expediente matrimonial y, más concretamente, del examen de los futuros esposos es comprobar si tienen suficiente conocimiento de la naturaleza religiosa del contrato que firman y la importancia de los compromisos que adquieren: de los derechos y de las obligaciones que contraen.
El Código de Derecho Canónico ordena que dicho examen se ha de hacer cuando los cónyuges manifiesten ante el párroco su deseo de contraer matrimonio, y antes de las proclamas. Aconseja, además, que las preguntas se formulen "con prudencia", omitiendo las que se juzguen inútiles.
La materia de los interrogatorios son los impedimentos, los vicios de consentimiento y la Doctrina Cristiana. Sobre este último aspecto, las preguntas debían versar sobre la naturaleza sacramental y, sobre la necesidad de recibirlo en estado de gracia, sobre los principales misterios de la fe, sobre los mandamientos y sobre los sacramentos.
Benedicto XIV, en De Synodo nº 6, advierte lo siguiente:
"Algunos saben los principales misterios y las cosas necesarias, pero de un modo rudo; sin que sean capaces de recitarlas de memoria. A éstos no se les debe alejar para siempre del matrimonio. Mas el párroco procurará que oigan con frecuencia lo que una vez aprendieron de modo rudimentario, para que no se les olvide por completo".

- ¿Puede usted decirme, por favor, cuántos dioses hay?

A lo que, con cierto disgusto, me contestó

- Haga el favor de esperar un poco y tenga en cuenta que yo no sé sumar muy bien.

La boda

Frasquita vino animada por los comentarios de sus vecinas y convencida de que, con una sola palabra del cura o, todo lo más, con una simple firma, se convertiría en una mujer casada por la Iglesia.

Ella ya no dudaba lo más mínimo de que cualquier gesto del cura era "bendito" y que, tras su visita, saldría con nuevos derechos sobre su pequeña casa y de que, inmediatamente, empezaría a cobrar los puntos y el "suicidio"[23] y hasta una pensión por su Agustín, si un día, que Dios no lo permita, sufría un accidente o una congestión; vamos, si se caía de un chaparro o se moría de una borrachera.

Ella se había enterado de que el cura tenía mucha mano, que arreglaba los papeles de balde y que, sin necesidad de pasar por la iglesia -que no la había-, echaba las bendiciones a todos los que fueran a verlo a su casa.

Frasquita decía que, en realidad, ya estaba casada: que era la única mujer de Agustín desde hacía cerca de treinta años, desde aquel día en que cogieron el corto hasta Ronda y, en la fonda "Alfonso", se entregaron del todo y para siempre. Es verdad que las bendiciones no se las habían echado pero, qué más da, ¿no era bastante lo que le había dicho y hecho Agustín aquella noche?

- "Frasquita, to pa ti",

[23] "suicidio", léase "subsidio".

y ella le había contestado

"Y to lo mío es tuyo"

¿O es que Dios no lo ve todo?

Ella venía con la esperanza de que yo le arreglara de un tirón todos los papeles, y, si no había más remedio, que le echara la mitad de las bendiciones a ella sola. La otra mitad ya se la echaría a Agustín si lograba convencerlo, "que usted sabe, padre, cómo son los hombres".

Agustín, el "papafritas", como todos le decían, trabajaba en las "corchas" en La Almoraima, y venía a lavarse y a cambiarse de ropas todas las semanas. Había consentido que su mujer hablara con el cura pero con la condición de que a él no lo metiera en líos.

A él -me dijo después- no es que le importara demasiado que lo vieran hablar con el cura; lo que no aguantaría es que sus amigos, sus hijos y, sobre todo, sus nietos se cachondearan con él por aquella boda con tanto retraso.

"Sientiéndolo mucho -le dije a Frasquita- no puedo hacer de ninguna manera lo que usted me propone. O vienen los dos juntos, o no vale ningún papel. Además, tienen que venir acompañados de dos testigos".

Por la cara que puso Frasquita, saqué la impresión de que, con tales condiciones, no vendrían jamás, pero, por si acaso, cumplimenté el expediente matrimonial. Había

pasado algo más de un mes cuando una noche desagradable del mes de diciembre oí que llamaban suavemente a la puerta. Eran ya más de las diez y toda aquella zona, a la salida del pueblo, estaba totalmente oscura.

La verdad es que, al abrir, recibí una sorpresa: allí estaban, además de la pareja de contrayentes, Juan el carpintero -un viudo discretísimo de más de setenta años- y Karito, el soltero de oro, que trabajaba de albañil en la Costa del Sol y venía los fines de semana para, entre otras cosas, presumir de sus ligues, en la barra del Bar Palomo.

De allí venían los tres varones con caras y con ganas de cachondeo. Varios días después, me enteré de que Karito -sin duda alguna empujado por Frasquita- le dijo sin contemplaciones a Agustín,

- "¿a que no tienes cojones de ir ahora mismo a casarte?"

A lo que Agustín contestó sin dudarlo

- "Ahora mismo voy si tú y Juan me acompañáis".

Y dicho y hecho: allí estaban los cuatro dispuestos a formalizar la boda, tras haber celebrado por adelantado el convite.

Ni que decir tiene que Karito, que también presumía de ser amigo del cura y de entender de cosas de iglesia, hizo de maestro de ceremonias: ordenó a los otros tres que se sentaran y a mí que trajera y firmara los papeles.

Inmediatamente dijo con tono convincente:

"ya nos podemos ir que está todo arreglado".

Debo reconocer que la escena me estaba resultando desagradable y que buscaba la fórmula adecuada para, sin violencias, transmitirles la idea de que aquellos ritos representaban algo serio y que había que hacerlos, al menos, con respeto.

Se levantaron de un salto y se dirigieron a la puerta. Con tono contenido les dije:

"Lo siento mucho pero, sin haber hecho las ceremonias como Dios manda, estos papeles no sirven para nada".

Entonces Karito, tomando la palabra otra vez les dijo:

"El cura tiene razón, ¿por qué no hacéis las cosa bien, joé?

Entraron de nuevo y se volvieron a sentar. Me puse sobre la sotana la estola blanca y a Juan, el carpintero, le di el crucifijo y a Karito el cubo de agua bendita y el hisopo.

Me arrepentí inmediatamente de semejante distribución de funciones pero no me atreví a rectificar: Karito me puso el suelo, el sofá Flex y el pequeño armario-biblioteca perdidos de tanto bendecirlos.

Cuando, con cierta solemnidad, empecé a recitar aquellas palabras del ritual preconciliar, "Mirad, hermanos, que vais a celebrar el sacramento del matrimonio...", Frasquita, con tono enérgico, me interrumpió:

"¿Pero padre, no quedamos que íbamos hacer las cosas como Dios manda?"

Y con un gesto de dignidad, se levantó el delantal, se sacó un enorme velo negro y se lo puso sobre la cabeza. Durante toda la ceremonia y, al mismo ritmo que yo leía los textos litúrgicos, ella, alardeando de conocimientos de iglesia, repetía sin interrupción: amén, amén, amén, amén, amén, amén, amén,...

La ceremonia transcurría con normalidad hasta el momento en el que, dirigiéndome a Agustín, le pregunté:

"Agustín, ¿quieres a Francisca?"

Al oír estas palabras, el rostro de Agustín se encendió, se le desorbitaron los ojos y me contestó con indignación:

"¡Esto sí que ya no lo aguanto yo! ¡Vámonos de aquí!".

Los otros tres, tras dejar sobre el suelo los objetos litúrgicos, salieron rápidamente detrás de él al patio.

Entonces, Agustín se volvió y, ya con menor énfasis, me explicó:

"La verdad, padre, es que no esperaba que usted me iba a pedir que me declarara a Frasquita delante de estos dos granujas".

Tras un largo y espeso silencio, prosiguió:

"La verdad es que yo la quiero pero no me obligue, por favor, a que se lo diga en público. Usted sabe cómo son las mujeres que, cuando se lo creen, cualquiera las aguanta después"

Otra vez volvió a mediar Karito: "Total -dijo-, ya que estamos aquí ¿por qué no rematamos la faena?".

Entraron de nuevo y, esta vez con pícara sonrisa, Agustín le dijo a Frasquita: ¿A que vas a terminar saliéndote con la tuya? Bueno, pues.., te quiero".

La fregona

En la nueva parroquia se solía celebrar, con considerable solemnidad, el Domingo de Ramos. La procesión litúrgica de la Palmas constituía una ocasión propicia para que, sin gastos económicos y sin complicaciones organizativas, saliera una procesión de Semana Santa: para que, una vez al año, los niños que jugaban en la Plaza de la Iglesia se revistieran de monaguillos, los alumnos del Colegio de las Monjas lucieran sus uniformes azules, para que los "adoradores nocturnos" se colocaran las insignias en la solapa de la chaqueta, y sobre todo, para que las autoridades locales se pasearan por toda la carrera presidida por el alcalde portando su bastón de mando.

Cuando empezó la celebración, la iglesia estaba totalmente abarrotada. Cada una de las autoridades, alineadas en las tres primeras filas de bancos, portaba una hermosa palma blanca traída directamente de Elche. La del señor alcalde estaba decorada con trenzas que formaban caprichosos juegos geométricos. Los demás fieles, incluso los niños pequeños, levantaban unos ramos de olivo que los servicios municipales había cortado cerca de Castellar.

En el momento en que iba a iniciar la ceremonia de la bendición de los ramos le dije a Juan, el monaguillo principal:

- Trae, por favor, el acetre[24] y el hisopo[25].

- ¿Qué?

[24]"Acetre": Recipiente pequeño de metal en el que se deposita el agua bendita.
[25]"Hisopo": Barra metálica pequeña que termina en una esfera agujereada en la que se deposita agua bendita que se esparce en las celebraciones litúrgicas. El nombre le viene del de la mata olorosa que primitivamente se usaba en estas ceremonias.

- Que traigas el acetre y el hisopo.

- ¿Y eso qué es?

- El cubo que está en la sacristía.

Aunque seguía recitando con solemnidad las oraciones, percibí con el rabillo del ojo que el monaguillo había llegado y, a pesar de que seguía cantando, escuché que me decía

- Yahtaquitó[26].

Respiré con tranquilidad y, mientras iniciaba la fórmula de la bendición, alargué el brazo hacia atrás y extendí la mano para que me colocara el hisopo. Me pareció que era demasiado grueso y algo áspero pero no tuve suficientes reflejos para cambiar de movimientos y, cuando quise rectificar, ya estaba blandiendo la enorme fregona sobre las cabezas de las autoridades, y rociándolos con el agua sucia de la limpieza.

[26]"yahtaquitó": ya está aquí todo.

La misa taurina

Las celebraciones religiosas tienen, como todos sabemos, diferentes dimensiones y múltiples valores. Poseen, al menos, un contenido social, otro religioso y otro cristiano. Constituyen asambleas en las que unos cumplen con los hombres, otros, además, alaban a Dios, y otros, todavía más, profesan su fe en Cristo y en su Iglesia.

Pero sucede que, como todos también sabemos, con relativa frecuencia, algunos de los que asisten o no creen en Dios o no aceptan los dogmas católicos.

Me habían encargado una misa en sufragio del alma de una señora que había fallecido en el Hospital, tras una laboriosa y desafortunada intervención quirúrgica. Los hijos de la difunta expusieron sus dificultades para fijar la fecha. Sólo podían asistir en el caso de que la misa se celebrase un domingo o en día festivo. Los dos trabajaban en la construcción, y cualquier otro día supondría la pérdida de sendos jornales completos.

Quedamos de acuerdo en que la misa tendría lugar el veinticinco de julio, festividad del apóstol Santiago, patrón de España. Antes de que diera comienzo la celebración, comprobé que, efectivamente, había venido toda la familia doliente. Habían llegado con más de un cuarto de hora de adelanto y, a pesar de que la iglesia se llenó enseguida de fieles, ellos se habían situado en las primeras filas de bancos: delante las mujeres y detrás los hombres.

Ya había iniciado las primeras oraciones cuando el hijo mayor de la difunta me dijo desde su asiento:

- ¡Pare usted por favor la misa! O se cambia de ropa inmediatamente, o no le pago ni un duro. Yo le he encargado a usted una misa por mi madre difunta, y usted ha salido vestido de torero.

Como es sabido, por tratarse de la misa en honor de un mártir, los ornamentos sagrados eran rojos.

La reina de las fiestas

A los pocos días de tomar posesión del cargo de Arcipreste[27], fui invitado por el párroco de Castellar de la Frontera a las fiestas en honor del patrón, para que presidiera la celebración litúrgica y para que pronunciara el sermón.

Tras la misa solemne, se organizó la procesión por la única calle del pueblo, alrededor del castillo y al borde de las murallas que lo rodean. El cortejo estaba formado por cuatro niños, seis niñas, tres jovencitas, seis señoras y dos caballeros. Los cuatro jóvenes del pueblo eran los cargadores del paso.

Delante del Santo estaba formada la presidencia en la que figurábamos el Sargento de la Guardia Civil, el señor Alcalde, el Cura Párroco y yo. Detrás iba la banda integrada por los cuatro músicos contratados para amenizar el baile vespertino: una trompeta, una guitarra, una caja y un bombo. Durante todo el recorrido repitieron la única canción que sabían de memoria: el "cantemos al amor de los amores".

Finalizada la procesión y antes de empezar el almuerzo, se reunió la comisión para la elección de la reina de las fiestas. Los miembros éramos los cuatro mismos que constituimos la presidencia. Tras breves deliberaciones, acordamos por unanimidad que el honor debía recaer en la persona de la Juany, la hija del talabartero, que contaba con dieciocho años de edad.

---

[27] Según hemos podido averiguar, la institución de arcipreste ya hacía tiempo que había perdido su contenido canónico y su sentido pastoral. En esta diócesis, los arciprestes habían ido desapareciendo a medida en que iban muriendo sus titulares. El único que quedaba era el padre Vedellín, párroco de Santa María La Coronada y arcipreste de Medina Sidonia. Tras su muerte, desaparecieron totalmente. Don Antonio Añoveros, sin embargo, adelantándose a las disposiciones de Concilio Vaticano, organizó la Diócesis en arciprestazgos y nombró arciprestes para que constituyeran el Consejo Presbiteral y para que organizaran una "pastoral de conjunto" en sus respectivas circunscripciones.

La Juany era una muchacha entradita en carnes, de pelo negro, de nariz respingona y de pómulos salientes. La preferimos a las otras tres candidatas porque la Paqui, ya había sido reina durante dos años consecutivos, Antoñita, aunque mocita, tenía más de cuarenta años, y la tercera, Alfonsa, por su defecto en la pierna derecha -algo más corta que la izquierda-, iba a tener dificultades para iniciar el baile con el señor Alcalde. El municipal llevó la noticia a los padres de la elegida con el ruego de que, a las siete en punto de la tarde, estuviera en la Plaza de la Iglesia donde se le impondría la banda.

Ya eran más de las siete y media, y la Juany no aparecía. El señor Alcalde no podía disimular su nerviosismo ni su disgusto por la falta de cortesía que tal retraso representaba, "no para su persona, sino para el alto cargo que yo -decía- humildemente ostento". La orquesta ya se había cansado de distraer al público con ritmos no bailables porque el primer pasodoble estaba reservado a la autoridad y a la reina. El señor Alcalde con gesto autoritario ordenó al municipal: Justino, ve a casa de la Juany y tráetela como sea.

Al cabo de otra media hora regresó Justino sin la Juany y sin nadie: Lo siento, señor alcalde, pero la Juany está debajo de la cama y dice que de allí no la saca ni Dios. Que ella no es una mujer cualquiera y le da vergüenza que todo el pueblo la vea abrazada al alcalde.

Al fin, no tuvimos más remedio que elegir a una de las jóvenes de La Almoraima que habían venido, precisamente, para bailar con el que fuera.

Los oficios del Viernes Santo

Las Hermanitas tradicionalmente han cuidado que los oficios de Semana Santa se celebraran con solemnidad y con rigor litúrgicos. Todos los años nos solían invitar para que los presidiéramos, movidas, posiblemente, por dos razones: primero, porque gracias a las vacaciones académicas, estaban más disponibles que el clero parroquial y, segundo, porque solían ir acompañados de seminaristas acólitos.

En esta ocasión, acudimos Cirilo, Juan Tomás, Luis y yo. La misa "in coena domini" del Jueves Santo nos salió bordada. Sin recrearnos demasiado en la "suerte" -teníamos que ser breves porque los ancianos no resistían demasiado- las ceremonias, la homilía y hasta la procesión al monumento habían resultado verdaderamente devotas. Cirilo ponía la unción y Juan Tomás la emotividad.

El Viernes Santo acudimos a la Hermanitas aún más animados y, si cabe, todavía más fervorosos que el día anterior. Cuando cruzamos toda la nave de la capilla, ya hacía un cuarto de hora que los ancianos esperaban sentados: los varones al lado del Evangelio y las mujeres al lado de la Epístola. Dos religiosas vigilaban para que guardaran un relativo silencio.

Nos revestimos en la sacristía ayudados por los seminaristas, y salimos en procesión hacia el altar mayor, totalmente desnudo de manteles. Todos íbamos especialmente serios, conscientes de los acontecimientos que estábamos celebrando y meditando en que, hacía cerca de dos mil años, una tarde como ésta, Cristo acababa de expirar.

El cielo, la tierra, los mares, la humanidad entera, hasta los mismos gentiles, sobrecogidos, sentían el peso de la muerte de Dios. Tras la lectura de la profecía de Osés y del libro del Éxodo, los tres recitamos la pasión según San Juan, dándole tal entonación que parecía una verdadera escenificación.

Algunos ancianos se empezaron a cansar y, sin hacer caso a la Hermanitas vigilantes, se sentaron. Seguidamente, el preste entonó aquella ristra de oraciones que piden sucesivamente por la Santa Iglesia de Dios, por el beatísimo Papa, por los obispos, presbíteros, diáconos, subdiáconos, exorcistas, lectores, ostiarios, confesores, vírgenes, viudas y por todo el pueblo de Dios.

Tras cada una de las oraciones, Cirilo invitaba a todos los fieles para que se pusieran de rodilla y yo, sin entretenerme demasiado para que no sufrieran en esa postura tan forzada, decía casi de inmediato, "Podéis levantaros".

Se pidió también por nuestro "cristianísimo Caudillo Francisco Franco, para que Nuestro Dios y Señor le sujetara todas las naciones bárbaras, para nuestra perpetua paz". También oramos por los catecúmenos, por los herejes y por los cismáticos. Progresivamente subía un murmullo que nosotros no sabíamos interpretar y, de vez en cuando, hasta se oían los crujidos de las articulaciones y, cuando ya por fin íbamos a rezar por los pérfidos judíos, oímos la recia voz de mujer que, sentada al final de la iglesia, exclamó:

"Ya está bien con tanto cachondeo, ¡coño! Yo no me levanto de aquí mientras que esos dos curas no se pongan de acuerdo".

El ratón[28]

En esta ocasión, se trataba de una meditación dirigida a monjas, en el contexto de un retiro espiritual con motivo de la Semana Santa. Como es natural, la capilla estaba totalmente en silencio y las religiosas atendían con fervor y con devoción.

Era Miércoles Santo y hablaba sobre la Pasión de Cristo. Describía con cierto patetismo la intensidad de sus sufrimientos físicos, morales y espirituales. Justamente cuando explicaba el sentido profundo de la coronación de espinas, el grupo de monjas estalló en una estruendosa carcajada. Guardé unos minutos de silencio y continué con cierta vacilación las reflexiones.

Cuando habían pasado otros diez minutos y ya había descrito la flagelación, y me detenía en las caídas, de nuevo las monjas soltaron otra carcajada. Estuve a punto de exclamar "verdaderamente esto tiene mucha gracia", pero preferí hacer otro silencio y manifestar mi disgusto con la expresión tensa del rostro.

Cuando ya, seriamente preocupado, empecé a narrar la crucifixión, otra tercera carcajada, esta vez todavía más fuerte, invadió toda la iglesia. No pude aguantar más, y me fui hacia la sacristía. Tras de mí, entró la superiora y me dijo:

---

[28] Quizás sea conveniente explicar que un defecto personal muy acusado me origina con frecuencia serios problemas y situaciones verdaderamente embarazosas, cuando hablo en público.

Es sabido que para que un discurso "funcione" es necesario que exista un equilibrio en la atención que el orador presta a su persona, al mensaje y al público. El desequilibrio entre estos tres factores pone en peligro, en mayor o en menor grado, el éxito de la comunicación. Pues bien, lo que a mí me ocurre es que suelo estar demasiado pendiente de los oyentes: me preocupa que mis palabras respondan a sus expectativas concretas y que se acomoden a sus situaciones personales. Procuro que el discurso sea un diálogo y, por eso, me fijo en las miradas, en las expresiones y hasta en las posturas de los oyentes.

Cuando, por ejemplo, en clase veo que algunos alumnos hablan entre sí, me pregunto si estarán comentando mis palabras, cuando, en una conferencia, se oyen ruidos me preocupa que mi voz no llegue a todos, cuando en una homilía un niño lloraba, me acordaba de la madre y, también, del padre. A veces, terminaba sin violencias y seguía la misa.

- Perdone, padre, es que no podíamos aguantar la risa cada vez que veíamos que un ratón que salía de la puerta de al lado, se escondía debajo de su sotana.

No tenemos vino

Sinceramente todavía no me he detenido a analizar las causas de mis continuos fracasos en la selección de los monaguillos. No sé si estriba en mi proverbial despiste psicológico o en la tópica predisposición de este tipo de chiquillos, pero el hecho comprobado es que casi todos mis ayudantes han sido verdaderamente pillos.

Las anécdotas, a poco que me esforzara, serían numerosas y variadas. En estos momentos me viene a la memoria el problema que, a los pocos días de llegar a la parroquia, me plantearon Felipe y Paco.

Unos feligreses me habían encargado una misa de difuntos. Se trataba del funeral por el eterno descanso del señor José, un anciano que vivía en el campo a más de ocho kilómetros de distancia.

A los familiares que vinieron a "apalabrarlo", una hija y una nuera del "descansado"[29], les había advertido que la única hora posible era las ocho de la mañana. A las ocho y media tenía que dejar libre la clase donde celebraría la misa y despejado el altar, que era la mesa del maestro.

Las dos me explicaron las dificultades para acudir a esa hora ya que no tenían bestias suficientes para transportar a toda la familia y porque, además, los hermanos y los sobrinos del difunto llegarían de Atajate en "el corto", un poco después de las ocho.

[29] Como es sabido, la palabra "muerto" en el habla coloquial se suele sustituir por otros términos eufemísticos. En la Capital, por ejemplo, para referirnos algún familiar fallecido decimos el "difunto", en la comarca de la Sierra, en cambio, se dice el "descansado".

Les prometí que haría lo posible: que empezaría la misa unos minutos más tarde y que sería rapidito para terminar a la hora exacta.

Efectivamente, la misa dio comienzo a las ocho y diez de la mañana, sólo unos minutos antes de que llegaran jadeantes los familiares de Atajate. Previamente, había preparado en la habitación de al lado todos los "utensilios" de la misa: vinajeras, lavabo, incienso, etc.

Tras la lectura de los textos bíblicos y tras la homilía que, en atención a las circunstancias, no duró más de tres minutos, antes de empezar el ofertorio les hice una indicación a los monaguillos para que fueran por las vinajeras.

Sentía cierta tensión, producida por la necesidad de terminar a las ocho y media y por la obligación de cumplir todas las rúbricas litúrgicas. La tensión se convirtió en nerviosismo al comprobar que los "niños" no volvían con las vinajeras. El nerviosismo se transformaba en malhumor conforme pasaban los segundos y los minutos, sin que aparecieran Felipe y Paco.

Cuando ya se habían cumplido cinco larguísimos minutos, rogué a uno de los familiares que llamara a los monaguillos. Desde la habitación contigua me gritó:

"¡Padre... Aquí no hay nadie. Estos chavales se han ido".

No tuve más remedio, naturalmente, que ir yo en persona por las vinajeras. El malhumor alcanzó el nivel de la indignación cuando comprobé que los "angelitos", además, se había bebido todo el vino.

Sentí una sensación de confusión, de impotencia y de vergüenza. Me quedé totalmente paralizado durante varios minutos, sin encontrar una posible solución. En este pueblo, a esas horas el bar estaba aún cerrado y ni siquiera había tiempo ya para ir a buscar vino. El reloj ya marcaba las ocho y veinticinco.

Volví al altar y no tuve más remedio que decir:

"Sintiéndolo mucho y pidiendo sinceramente perdón les advierto que no puedo decir la misa. No tenemos vino".

Entonces, uno de los hijos del difunto, que estaba al final de la clase, con voz áspera gritó:

"No se preocupe usted, padre, diga la misa sin vino y, dentro de unos días vengo yo para que nos tomemos los dos unas copitas”.

Ser lo que se es

Mi madre, con la que no se entendía muy bien era con Mercedita. Decía que era "más que tontaja, una desgraciá".

- Todavía peor que desear lo que no se tiene, es no aceptar lo que se posee. ¡Qué desgracia más mala es no querer ser lo que se es!

La tonta de Mercedita no se daba cuenta de que disimular es una manera de delatar las carencias más inconfesadas, ni de que, a veces, las negaciones revelan más cosas de las que ocultan.

Y mi madre, una y otra vez, me repetía la misma historia de Mercedita:

Era probablemente la única de sus amigas que había logrado estudiar una carrera. Gracias a las casapuertas y a las escaleras que fregaba su madre, Mercedita se había podido matricular en la Escuela de Comercio. Allí conoció y se hizo amiga de otras niñas que vivían fuera del Barrio[30] y cuyas familias disfrutaban de economías más desahogadas.

Todo cambió aquel día desgraciado en el que, cuando conversaban a la salida de la última clase de la mañana, escucharon una voz...

- ¡Mercedita...! ¿Has acabado ya?

[30]En esta ciudad, el "Barrio" por antonomasia es el de Santa María.

Todas se asomaron a la baranda del corredor del tercer piso desde donde vieron a una gruesa matrona, con un moño enhiesto y con un inmenso delantal plegado en diagonal.

- ¿Quién es esa señora tan gorda?, le preguntó una de las amigas.

Y Mercedita, resuelta, contestó:

- Es mi criada.

- ¿Tu criada? ¡So hija de la grandísima[31], ven pacá que te voy a decir yo por donde te he parió.

[31]"grandísima": "grandísima puta".

¿Empezamos a vivir?

No puedes imaginarte la insistencia con la que me siguen resonando las palabras que Juan me repetía cada vez que lo animaba para "viviera" cada momento de "su vida". Ya te he contado en más de una ocasión que, en mi opinión, era uno de los compañeros que más intensamente vivían la vocación. Su mirada, sus pasos, su ilusión, y sus esperanzas los había orientado hacia un punto fijo: hacia el mañana. Aceptaba con alegría o con resignación todos los sacrificios que le ayudaran a superar pruebas, a pasar el tiempo y a acercarse a la meta. Deportista, concebía su vida presente como un intenso entrenamiento, como una preparación para el gran partido, para la prueba definitiva.

Las Humanidades fueron el cauce para llegar a la Filosofía y ésta, un instrumento para estudiar la Teología. Los doce años en el Seminario constituyeron un periodo previo y un itinerario preparatorio para la vida sacerdotal. Tras recibir las Órdenes Sagradas, inició su ministerio como coadjutor en la Parroquia de Santa María. Me confesó que aún estaba aprendiendo para, en su día, ser párroco.

Cuando recé ante su cadáver, me acordé de las palabras que, tan sólo unos días antes, me había dicho:

-¡Qué ganas tengo de que llegue mañana para empezar a vivir!

Los aplausos

Los aplausos, igual que todas las expresiones de alabanza, en muchas ocasiones, suelen ser hiperbólicas manifestaciones de simple cortesía. Creérselas como valoraciones estrictas de una obra o como juicios rigurosos de un comportamiento es equivocarse y exponerse a fracasos y a frustraciones.

En los aplausos y en las alabanzas siempre hay un factor de interés personal. En realidad, la mayoría de las veces, nos aplaudimos a nosotros mismos y la expresión "eres lo mejor del mundo" equivale a "eres como yo soy o como a mí me gustaría ser". Las ovaciones producen, paradójicamente, vacío, el hueco de la soledad, la oquedad del abandono: siempre encierran, en diferente proporción, una dosis de exageración y, por lo tanto, de mentira.

Ésta fue la reflexión que hice durante aquel solemne acto al que, casualmente, asistí en el paraninfo de la Sorbona. Adelanto que soy un fervoroso fetichista: los lugares habitados por personajes importantes, los objetos usados por ellos, sus manuscritos y sus vestidos me inspiran una profunda devoción. Por eso, en mi primer viaje a París, incluí entre las principales visitas la Universidad en la que habían enseñado varios de mis maestros y habían estudiado algunos de mis compañeros.

Recorrí con emoción sus largas galerías, sus espaciosas aulas, sus hermosos salones, su nutrida biblioteca y, tras dos señores muy arreglados, crucé un estrecho pasillo que desembocaba en una lujosa puerta de madera barnizada. Cuando la franqueé escuché una cerrada ovación: quedé sorprendido al comprobar que había entrado en

amplísimo escenario en el que sólo había colocados cinco amplios sillones. Un señor que ejercía las funciones de maestro de ceremonias nos indicó que nos sentáramos y, tras hacerlo, fue pronunciando nuestros nombres seguidos de una larga serie de diplomas académicos, de títulos de libros, de trabajos de investigación y de artículos científicos, cada uno de los cuales arrancaba un sonoro aplauso. Mi nombre era algo así como Maurice Sevenot, pero los méritos que me atribuía, desgraciadamente, no fui capaz de entenderlos ni, mucho menos, de retenerlos en la memoria.

Tras escuchar un largo, pesado e ininteligible discurso de uno de los eminentes señores que formaban parte de la presidencia, salimos todos del recinto, profundamente satisfechos por el merecido reconocimiento de nuestros innumerables e importantes méritos.

Fin

Luis tenía ciertas dificultades para comprender que muchas de nuestras ocupaciones constituyen procesos sin fin y que, el fin es precisamente eso: el fin.

Yo le explicaba que, a mi entender, algunas actividades humanas nunca están terminadas o completas. Él, sin embargo, siempre tenía prisas y se impacientaba esperando o, quizás, temiendo el final. A veces, daba la impresión de que pretendía acelerar el ritmo de la vida, de la misma forma que un niño trata de hacer crecer una planta rápidamente tirando de ella.

Estoy recordando tus propias palabras cuando me decías que, a veces, saber vivir es saber esperar, y que la espera, igual que la esperanza, es una virtud que exige esfuerzo y aprendizaje: hemos de plantar pacientemente las semillas y esperar que broten; hemos de regar con constancia la tierra; hemos de conceder a las plantas el tiempo que necesitan para crecer.

Los proyectos

Hace ya mucho tiempo que espero el momento oportuno para formularte una pregunta comprometida, y busco las palabras adecuadas para hacerte una propuesta delicada. Te he contado anécdotas con la intención de que conozcas de una manera amena algunos datos de mi vida pasada. Reconozco que, aunque en realidad mi única intención era hablarte con naturalidad sobre mí, no he podido evitar cierto tono sermoneador.

Supongo que te habrás dado cuenta de que los relatos eran meros pretextos para que me conocieras algo más. Yo estoy convencido de que, cuando hablamos de los demás -hasta cuando charlamos sobre el tiempo o sobre el paisaje-, estamos descubriendo nuestras preferencias y confesando nuestras debilidades. Y cuando contamos el pasado, en realidad, estamos proyectando el futuro. Creo que no debemos escatimar esfuerzos para parecernos a ese niño que seguimos siendo. En realidad, llegar a ser nosotros mismos constituye una de las tareas más arduas y más permanentes de nuestra existencia. Es un punto de partida y, paradójicamente, una irrenunciable e inalcanzable meta de llegada. Es un objetivo para el que necesitamos ayuda de todos e independencia de todos: colaboración y, al mismo tiempo, libertad.

Ahora mismo me encuentro en una encrucijada y necesito ayuda. Tú sabes que algunos caminos no se pueden recorrer en solitario. Fíjate cómo los ríos cofluyen para aumentar su caudal [...].

Epílogo

Te agradezco que hayas acudido a mi llamada, que hayas venido a reunirte conmigo en este pedazo de mundo -de tierra, de agua, de viento y de luz-, en este lugar de encuentro y de convergencia vital donde un leve hálito engendra el latido incipiente de la vida. Nuestras palabras y nuestros silencios entrelazados han ido penetrando en mis entrañas y, por lenta impregnación, han iluminando los ámbitos cercados y oscuros de mis sentimientos, me han permitido entrar en tu nombre y allí, en la oscuridad de tu comprensión generosa, he depositado respetuosamente tiernas semillas de esperanzas y de ilusiones. Te volveré a escribir. Muchísimas gracias y hasta pronto.